



EL CASO DE ITALIA

(Para LA NACION)

SALAMANCA, mayo de 1915.

La verdadera actualidad eterna es ahora la intervención de Italia en la guerra, en contra de Austria, y por lo tanto de Alemania y de Turquía, y junto a los aliados. Y digo actualidad eterna con su cuenta y razón. Porque éste no es un hecho de actualidad pasajera, de la actualidad de las modas o la de los cronistas, sino de esa actualidad que incorporándose a la labor de la historia humana se hace perenne. Es un hecho de esa actualidad histórica cuyo íntimo valor sintió tan hondamente Tucídides cuando al ponerse a escribir la historia de la guerra del Peloponeso dijo que dejaba una «adquisición para siempre y no «una distracción del momento». Y así el ejemplo que da ahora Italia será de eterna recordación. Es una lección de patriotismo para los pueblos todos.

Nuestros germanófilos españoles, a los que maldito si les importa nada el bien de Alemania, a la que desconocen casi en absoluto o mejor que nuestros germanófilos, pues de hecho apenas los hay aquí, nuestros francofobos y anglofobos, nuestros odiadores de la libertad civil y de la democracia, están tan ignorantes de la resolución del pueblo italiano. Están que echan cerrojo. Todo se les vuelve hablar de traición y de apostasía. Sin haberse enterado bien antes, por supuesto, porque lo de enterarse no es su fuerte.

¡Traición! Esa fué durante nuestras guerras civiles la cantilena de nuestros carlistas. Con ella pretendían explicar sus derrotas. Como habían empezado por declararse invencibles y por proclamar que a los embates de su fe no podía resistir la decadencia liberal, tenían que acudir a tramoya y a potencias tenebrosas y secretas para no confesar su fracaso. ¡Traición!, con esta palabra mágica pretendían explicarlo todo.

¿Qué es traición? Para esa gente traición es ante todo y sobre todo la inteligencia. Odian a ésta con toda la fuerza de su primitivismo, de su espíritu troglodítico de hombres cavernarios, de alma prehistórica. Les parece traidor un pueblo que obedeciendo a su historia, a su tradición, a sus verdaderos intereses, a su sentimiento, denuncia, y con sobrada razón para ello, un tratado oneroso y rompe una alianza puramente formal. Pero no es cosa de meternos ahora en este laberinto. El Libro Verde italiano habla con una claridad y una franqueza y una lealtad verdaderamente maquiavélicas, porque hay que volver una vez por los fueros de verdad y de la justicia y restablecer el prestigio moral del gran secretario florentino, ardentísimo y nobilísimo patriota, que substituyó la franqueza a la hipocresía gazmoña. Podrá llamarse a Maquiavelo cínico, pero nunca hipócrita. Y su cinismo fué un nobilísimo cinismo. La diplomacia maquiavélica es la de la claridad, la de la eficacia, la que no se envuelve en terceras de una untuosa moralidad de doble sentido.

Y en todo caso ¿qué derecho tienen a quejarse de que Italia, obedeciendo a sus intereses, a sus sentimientos y a su misión histórica, denuncie una alianza a que los otros han empezado por faltar y reivindique con las armas en la mano lo que cree de justicia suyo, cuando ellos, los que hoy la acusan de apóstata y traidora, tratan de justificar la invasión de Bélgica y la ruptura por parte de Alemania de aquel compromiso de respetarla a que

llamó el canciller del kaiser un «pedazo de papel»? Para nuestros aparcentes germanófilos cuanto hace Alemania está justificado por el supremo derecho de la propia defensa, pero los otros pueblos, como ahora le sucede a Italia, no tienen derecho alguno a defenderse, estas cosas, a defender su personalidad y su porvenir históricos.

Entrevén, además, que cuando Italia ha dado ahora este paso es que su gobierno no está convencido, ni mucho menos, de lo que estos pobrecitos quieren erigir como dogma indiscutible, y es el triunfo final de Alemania. Porque en el fondo parece que les importa poco de la justicia o injusticia de la causa por que se pelea. No discuten siquiera si Alemania tiene o no razón, lo que sería disentir racionalmente; afirman axiomáticamente que es la más fuerte y que vencerá. Y el hecho de decidirse al fin Italia a que se incline antes la balanza les ha sacado de quicio. Asisten al espectáculo de la guerra desde el tendido, como asistirían a un partido de pelota o a una lucha de boxeo; han apostado su amor propio a favor del rojo o del azul, y de todo lo demás no les importa. Sobre todo los que presumen de técnicos, de entendidos en cosas de milicia. Diríase que se juega el prestigio de la Ciencia—¡oh, la Ciencia! y con mayúscula—estratégica y táctica.

Y hay que oír ahora, con motivo de la resolución del pueblo italiano, la repetición de las consabidas ineptias que respecto a Italia circulan entre mucha gente, sobre todo de la perteneciente a los partidos de la extrema derecha. Cientos de veces se ha dicho que los prejuicios seculares que cursan en unos pueblos respecto de otros tardan mucho en corregirse, e Italia es un pueblo sobre cuya estimación pesaban antiquísimos prejuicios. Italia fué desde los tiempos en que el Dante la llama «sierva Italia, hostería del dolor, nave sin piloto en gran tormenta» (Purg. VI, 76), el campo de batalla de las naciones y allí adonde iban todos a hartarse. Españoles, franceses, alemanes, austríacos, hasta sarracenos, todos saciaban sus apetitos en aquella tierra desunida y desmigajada. Y así surgió el ideal grande, el de la grande tercera Roma, el de la unidad italiana, y este ideal ha sido, desde el Dante, desde antes aun del Dante, la fuente de inspiración del pensamiento artístico italiano. Todos los grandes artistas, todos los grandes hombres de ciencia, todos los grandes estadistas, todos los grandes pensadores, todos los grandes poetas italianos—y los ha tenido como el pueblo que más y mayores—se inspiraban, sabiéndolo o sin saberlo, en el sentimiento, en el ensueño de la unidad. Desde el gibelino de Florencia, el máximo, hasta Carducci, la palabra amor tenía una traducción, y era Italia, Italia, Italia! Hasta el poeta de la suprema desesperanza, del último desencanto, del tedio infinito, de la infinita vanidad del todo, hasta el pobre Leopardi, parecía sacudirse de su terrible pesimismo al cantar a Italia, a la que veía cargada de cadenas, suelta la cabellera, sin velo y yaciente en tierra, desconsolada y despreciada, escondiendo la cara entre las rodillas y llorando. ¿Y hay acaso patria alguna de la que se hayan dicho las cosas encendidas que Mazzini dijo de su patria? Y he aquí que esa patria se hace una, rompe sus cadenas, se sujeta el cabello en trenzas, se pone en pie, da la cara y ya no llora, sino que mira al sol de su destino y echa a andar. Y hay quienes se obstinan en no verlo.

Cuando se publicó hace dos años la traducción española del libro del in-

glés Bagot, «Los italianos de hoy», y tuve la satisfacción de ponerle un prólogo, pude decir lo que pienso al respecto de ese pueblo admirable y todavía tan mal conocido aquí de muchos, que ha logrado restaurar, en torno a la unidad, su personalidad espiritual. Para nosotros, los españoles, corroidos de un terrible instinto suicida de disgregación, de selvático cantonalismo, de miserables regionalismos de campanario, de rencillas intestinas, el caso de Italia era un caso ejemplar. Porque pueblo que no ama la unidad no ama la personalidad.

Pero es sin duda ese selvático instinto disgregativo, ese sentimiento troglodítico de patria mínima—no ya chica—de lugarejo hoscó y acetado, lo que a muchos entre nosotros parecía que les hiciera poco simpático un país que pone su plena unidad nacional como el supremo bien. Estimaban, sin duda, más pintoresco aquello del du-

cado de Parma y el de Módena y el de Toscana, y el reino del Piamonte y el de Nápoles y los Estados Pontificios...

¡Los Estados Pontificios! ¡Aquí está la clave! Esta es la razón de la animadversión que contra la Italia grande y una sienten nuestros aparentes germanófilos de hoy. No le perdonan el haber acabado con el poder temporal de los papas. Creen que el supremo jerarca, el Pontífice de la Iglesia Católica Apostólica Romana, el vicario de Cristo en la Tierra—así le llaman—debe tener un poder temporal, pero a costa de Italia; debe tener súbditos temporales, pero no ellos, no los que así piensan. Que los romanos se dejen gobernar temporalmente, quieráno o no, por el Padre Santo. Lo último que hay que tener en cuenta es la voluntad de los romanos mismos y la de Italia, de que vive Roma. A nuestros españoles partidarios del poder temporal del papa no se les ha ocurrido, que yo sepa, ofrecerle la soberanía temporal de una parte de España. No, tiene que ser en Roma, ya que Roma no es nuestra. O, mejor dicho, Roma es de todo el mundo... católico. Menos de los romanos.

Es lo del poder temporal del papa y no otra cosa lo que tenía soliviantados contra Italia a nuestros trogloditas que viven con añoranza de nuestro siglo XVI—y aun esto es hacerles mucho honor. Y unido a ello el sentido liberal de la Italia una y grande. El liberalismo de la casa de Saboya les sacaba de quicio. La revolución italiana era un complemento de la gran Revolución francesa. Y la estúpida leyenda de la Italia de opereta seguía su curso. Dejábanla correr los que, habiendo viajado, sabían cuán falsa era la leyenda, los que sabían bien todo lo que en ciencia, en artes, en literatura, en industria, en policía, prosperaba Italia merced a una conciencia iluminada y renovada por la unidad.

Hoy mismo—25 de mayo—leo en «El Imparcial» de Madrid, del día de ayer, un artículo de su corresponsal en Italia, Enrique Tedeschi, que entre otras cosas dice:

«Estamos hartos ya de que los millones de extranjeros que no nos conocen de cerca nos crean tan sólo un pueblo de emigrantes, un criadero de divos y de músicos, una enorme fábrica exportadora de macarrones, una inmensa, aunque encantadora, casa de huéspedes, explotadora de turistas, y un nido, en fin, de maquiavelos de tres al cuarto, o sea, para emplear las palabras de mi aludido amigo, un país de «cuocos».

Si, esto que dice Tedeschi es muy cierto, y yo, que me he quejado muchas veces de lo mal que se nos juzga a los españoles sin conocernos de cer-





ca—y alguna vez en Italia misma o por italianos—comprendo muy bien lo que el corresponsal italiano de «El Imparcial» de Madrid dice. También a nosotros nos irrita que nos crean un pueblo de toreros, de bailarinas, de frailes fanáticos y de etc., etc. Y lo que comprendo más aun es que a Tedeschi le moleste que le tengan al suyo por un pueblo de «cucos». Porque así cuando se dice que el italiano es hábil, que es astuto, que es listo, se dice esto no sin un cierto dejo de malignidad. En parte, porque nuestros beoclos, nuestros trogloditas, los que fingen creer que en el mundo todo se arregla no con cerebro precisamente—y creo no necesitar hablar más claro ni descubrir más la grosería, pues a buen entendedor pocas palabras le bastan—fingen también despreciar aquello cuya falta sienten: la inteligencia. Y además porque suponen que el inteligente es avieso y torcido. Cuando no hay nada más avieso que el bruto. Y esas pobres gentes saben tan poca historia que no se han enterado de que junto a las más grandes muestras de inteligencia—de sagacidad, de habilidad, de astucia—el pueblo italiano ha dado muy grandes de magnanimidad, de estoico heroísmo, de nobleza. Y ahora, en la ocasión presente, de todo ha dado muestra menos de cuquería al modo que aquí se entiende ésta.

Lo que hay es que los mismos trogloditas que se entusiasman con la fe ciega en la victoria y con la disciplina automática que atribuyen, sin conocerlo, por supuesto, al pueblo alemán y les molesta el inglés porque le creen con espíritu de independencia individual y el francés porque le ven capaz de rebelarse, esos mismos trogloditas sienten aversión instintiva hacia un pueblo que sabe tener conciencia pública y manifestarla y no es un mero instrumento en manos de una casta gobernante.

Y sigue el susodicho corresponsal Tedeschi y escribe luego:

«No se nos eche en cara «lo mucho que Alemania ha contribuido al resurgimiento económico de Italia». Que Alemania ha colocado en nuestro país unos capitales considerabilísimos (naturalmente, productores de ganancias pingües) es cosa indudable. Resulta doloroso y singular que los italianos nos dispongamos a pelear contra los alemanes, siendo así que no existen razones especiales para que los odie-mos. Pero la vida de los pueblos es así. Se da la anomalía de que los italianos, que durante treinta y tres años, sacrificando sus aspiraciones nacionales y acallando sus sentimientos hostiles a Austria, han sido aliados de ella por afecto a Alemania, tengan ahora que transformar en odio su amistad a Alemania, por odio a los austriacos.»

Entre las gentes que más me muevo y con las que más convivo, he oído otra cosa más peregrina aun y es hablar de la ingratitud—¡ingratitud!—de Italia para con Alemania, fundándose en lo que dicen que aquélla ha aprendido de ésta en ciencias e industrias. ¡Estupendo razonamiento! ¡Estupendo motivo para que un país cualquiera se abstenga de cerrar el paso a las pretensiones germánicas a la hegemonía política mundial, porque Alemania nos haya enseñado tales o cuales verdades científicas y nos haya adoctrinado en la técnica de la investigación y en la de la industria! Y como si ella a su vez no hubiese aprendido de otros pueblos—entre ellos de Italia—más aun que éstos han aprendido de ella. Precisamente la verdadera cuna del Renacimiento de las ciencias, de las artes, de la filosofía, fué Italia.

Empieza propiamente el llamado en la historia europea el Renacimiento en el paso del siglo XIII, el siglo de San Francisco, y de Santo Tomás de Aquino, y del Dante, al siglo XIV, el de Petrarca. Maquiavelo llega al XVI, y Giordano Bruno al umbral del XVII. En la obra clásica del alemán Burckhardt sobre la cultura del Renacimiento en Italia puede verse lo que Italia hizo en esos siglos del XIII al XVI.

El fin de la Edad Media suele marcarse por la toma de Constantinopla por los turcos otomanos a mediados del siglo XV, en 1453, a que acompaña la caída del papado como potencia directora de Europa y las guerras nacionales sucediendo a las religiosas y el nacimiento del sentido moderno de patria y de patriotismo y el progreso del poder real y la emancipación de las clases antes siervas y el alborar de la Reforma y la libertad de conciencia y una ciencia libre del yugo de la teología escolástica y los grandes descubrimientos geográficos y sobre todo la aparición de América. Y excusado es decir toda la parte que en todo esto tomó Italia, verdadera cuna del método experimental y de la filosofía moderna.

Pero dentro de la Edad moderna se prolongaba la Edad Media, sobre todo en Alemania, el más medioeval de los pueblos modernos europeos. Y no cuento a Turquía porque eso ni es pueblo, ni es moderno, ni es europeo. Eso no ha sido—¡ha sido!—más que un campamento metido en Europa y en torno a la última gran capital de la civilización. Y el fin del Renacimiento, la coronación de la Edad moderna y de la novísima, no puede ser sino la liberación de Constantinopla y el volver a poner la cruz, la cruz de la civilización europea, sobre la cúpula de Santa Sofía. ¿E iba Italia a permanecer no ya aliada, mas ni siquiera neutral, frente a los aliados de la Sublime Puerta, frente a los protectores del islamismo que organiza matanzas de armenios, frente a los puntales del medioevalismo caduco?

La Triple alianza fué sin duda—hoy se ve bien claro—un error de parte de Italia. Un error o una necesidad dolorosa. No encontró Italia en ella lo que en ella buscaba. Austria siguió siendo su enemiga y conspirando contra ella. Y todo el mundo sabe que cuando la breve guerra turco-italiana las simpatías de los alemanes estaban de parte de los turcos y ni se cuidaban de celarlo. ¡Y es que cuando un pueblo se ve obligado a adoptar

una conducta que repugna al fondo de su sentir o cuando se equivoca y reconoce luego haberse equivocado no tiene derecho a rectificar su error? No es, ciertamente, alemana la doctrina de que esos pactos internacionales obliguen de semejante modo. Los que han llamado un pedazo de papel al acta de la independencia y neutralidad de Bélgica que firmaron, y los que repiten que la necesidad hace ley y que la guerra es la guerra, no pueden reprochar nada a Italia cuando les habla de su destino histórico, de su unidad, del irredentismo, y de que su vida es su vida. Y en cuanto a convencerle de que se equivoca y de que obra contra sus verdaderos intereses, eso es ya otra cantata y no creo que pueda Alemania, ni con argucias de rafoctino ni con violencias de guerra, convencerle de semejante cosa. Porque las baladronadas ni las amenazas no son razones.

Y sobre todo, Italia, dada su posición, dada su historia, dada su fuerza, dadas sus legítimas pretensiones a potencia histórica y conductora de civilización, no podía resignarse al triste papel del neutral mendicante. La neutralidad lleva consigo en casos como el de la guerra actual la renuncia resignada a cualquier ventaja, la resignación a la propia suerte actual, por modesta que ella sea. Italia aspira, Italia ambiciona, Italia quiere no sólo subsistir, sino superarse y engrandecerse material y moralmente. No podía, pues, permanecer neutral como cualquier pueblo desengañado y triste que se resigna a su obscuridad y su encierro y sólo quiere que le dejen vivir, acaso como vive un cartujó en su celda, preparándose a mejor morir. Y no podía vender su neutralidad, su abstención, por un plato de lentejas. La mayor vergüenza habría sido para ella redondear sus fronteras en cambio de su abstención. Dignamente no tenía más que dos caminos: o extenderse por el Adriático y cobrar Trieste y el Trentino y todo lo que noblemente ambicionaba en cambio de ayudar con sus armas a su tradicional enemiga, el Austria, exponiéndose a lo que se expusiera, o ganar eso, también por las armas y contra el Austria. El dilema era claro: o renunciar a sus tradicionales aspiraciones y a ejercer un papel histórico o irse armada y en son de guerra con los unos o con los otros. El sentimiento del pueblo, de la parte del pueblo que tiene conciencia nacional, es decir, internacional; de la parte del pueblo que siente el deber de la misión histórica, lo ha comprendido bien. Y han debido estremecerse de júbilo en su tumba las cenizas de Mazzini, el grandísimo patriota, de aquel exaltado apóstol místico del patriotismo y de la italianidad, al ver cómo su pueblo, amor de sus amores, comprende la lección que le diera de que la vida, es deber, es misión, y para todo un pueblo misión histórica. Y consiste ésta, no en conservarse, no en subsistir, ni en enriquecerse, ni siquiera en promover el bienestar—lo que se suele llamar así—de cada uno de sus ciudadanos. En un pueblo así, de ideal vegetativo, económico, los espíritus profundamente humanos, las almas que sienten la historia y la ascensión de la humanidad hacia la lumbre del sol espiritual se ahogan de tedio, se marchitan de tristeza, sucumben a la desesperanza.

¡Que Dios gufe a Italia a su más alto destino!

MIGUEL DE UNAMUNO.

UNIVERSIDAD DE MANANCA

CRÉDITOS USABLES